

Del 28 de enero al 15 de marzo de 2026 se adentrarán en personajes como El Bosco y Goya, objeto de atención del autor madrileño.

Exposición antológica de pintura y escultura de Ramón Lapayese (1928-1994) en la Sala Antonio López de Alcalá de Henares

La presencia de referencias a Goya y Hieronymus Bosch (El Bosco) es el resultado del interés del artista madrileño de analizar e interpretar la condición humana en una dinámica de modernidad. Se centra, en el caso de El Bosco, en su obra titulada ‘El jardín de las delicias’. Es una de sus creaciones más complejas y enigmáticas, realizada hacia finales del siglo XV o a inicios del XVI. Se trata de un tríptico pintado al óleo sobre tabla que presenta una visión simbólica y moral del destino humano, articulada a través de una narrativa visual no lineal y cargada de significados alegóricos.

El panel izquierdo representa el Paraíso y el momento de la creación. En él aparecen Dios, Adán y Eva en un paisaje idealizado, dominado por una naturaleza exuberante y una arquitectura fantástica de carácter orgánico. La escena nos transmite una aparente armonía primigenia, aunque ya se empiezan a vislumbrar elementos extraños que nos anuncian la quebradiza armonía de este orden inicial que anticipan su fragilidad. La fauna y la vegetación, minuciosamente descritas, no responden solo a una observación naturalista, sino a una construcción simbólica del mundo como creación divina.

El panel central, que da nombre a la obra, muestra una multitud de figuras humanas inmersas en un vasto paisaje poblado de frutas de gran tamaño, animales reales e imaginarios y estructuras irreales. Este espacio no se presenta como un jardín en sentido literal, sino como una alegoría de los placeres terrenales y de la entrega del ser humano a los sentidos. La ausencia de jerarquías claras, la repetición de gestos y la acumulación de escenas simultáneas generan una sensación de desbordamiento y ambigüedad moral. Bosch no ofrece un juicio explícito, sino que construye un escenario abierto a múltiples interpretaciones, donde el goce aparece ligado a la transitoriedad y al exceso.

El panel derecho representa el Infierno, concebido como un paisaje nocturno y opresivo en el que las figuras humanas son sometidas a castigos simbólicos. El tono cromático se oscurece y la composición se vuelve más fragmentada, reforzando una atmósfera de angustia y desorden. Instrumentos musicales, arquitecturas imposibles y criaturas híbridas se integran en una iconografía destinada a mostrar las consecuencias de una vida dominada por el pecado. Este Infierno no es únicamente un espacio físico, sino una proyección visual del caos moral y espiritual.

En su conjunto, ‘El jardín de las delicias’ constituye una reflexión profunda sobre la creación, la libertad humana y la caída, utilizando un lenguaje visual realmente innovador para su tiempo. La obra combina una extraordinaria capacidad inventiva con una estructura simbólica rigurosa, lo que explica su permanente vigencia y su influencia en la interpretación moderna de la imagen, el imaginario y la condición humana.

La referencia a El Bosco se articula, en la obra de Lapayese, a través de una concepción simbólica de la figura y del espacio pictórico. Al igual que en el maestro flamenco, la imagen se convierte en un territorio de condensación moral y existencial, donde lo humano aparece atravesado por tensiones internas, contradicciones y pulsiones difíciles de racionalizar. Lapayese no reproduce los escenarios narrativos ni la imaginería fantástica bosquiana, sino que asimila su lógica estructural: la fragmentación del espacio, la coexistencia de múltiples niveles de sentido y la carga alegórica de las figuras. En este sentido, sus personajes -frecuentemente aislados o inscritos en ámbitos ambiguos- remiten a una visión del mundo en la que lo racional y lo irracional conviven en permanente conflicto.

La influencia de Goya, por su parte, se revela de manera más directa en la intensidad expresiva y en la dimensión crítica de sus retratos y figuras humanas. Lapayese encuentra en Goya un modelo de artista capaz de trascender el retrato cortesano u oficial para adentrarse en una exploración profunda de la psicología, el poder y la violencia simbólica. Sus reinterpretaciones y alusiones goyescas se manifiestan en la sobriedad cromática, en el protagonismo del rostro como espacio de inscripción emocional y en una mirada que, lejos de idealizar, expone la fragilidad, la inquietud o la ambigüedad moral del sujeto representado.

El interés de Lapayese por Bosco y Goya debe entenderse, asimismo, como una toma de posición dentro del arte de la segunda mitad del siglo XX. Frente a la hegemonía de ciertas corrientes formalistas o a la banalización de la imagen, el artista reivindica una tradición figurativa capaz de asumir la complejidad de lo humano y de interpelar al espectador desde una ética de la mirada. Tanto Bosco como Goya representan, en este sentido, modelos de radicalidad artística: creadores que utilizaron la figura y el símbolo para cuestionar su tiempo y revelar sus zonas de sombra.

Al abordar estas referencias, Lapayese no busca situarse en una genealogía de estilos, sino establecer un diálogo transversal con artistas que concibieron la obra de arte como un instrumento de conocimiento. Sus retratos y alusiones funcionan como espacios de resonancia histórica, en los que el pasado se activa para pensar el presente. De este modo, la incorporación de Bosco y Goya en su universo visual refuerza el carácter intelectual y crítico de su obra, inscribiéndola en una tradición europea que entiende el arte como una forma de reflexión profunda sobre la experiencia humana, la memoria y la conciencia moral.

La exposición antológica dedicada a Ramón Lapayese propone una aproximación rigurosa y sensible a la obra de un artista cuya trayectoria se desarrolló al margen de los gestos estridentes, pero en permanente diálogo con los lenguajes más avanzados de su tiempo. A través de una cuidada selección de pinturas y esculturas, la muestra ofrece una lectura global de su producción, poniendo en valor la coherencia, la profundidad conceptual y la

vocación experimental que definieron su práctica artística.

Con el título de "Ramón Lapayese: Colección Privada" podemos contemplar en la Sala Antonio López, en el Antiguo Hospital de Santa María la Rica en la localidad de Alcalá de Henares la exposición antológica del artista multidisciplinar Ramón Lapayese, fundamentalmente escultor, pintor y creador de obra gráfica (litografía, serigrafía, grabado, monotipos enriquecidos, pruebas de artista, técnicas mixtas, etc.), pero también autor de esmaltes, cerámica, fotografía, joyería, dibujo y obra monumental de grandes dimensiones repartida entre México, Miami y España.

Artista avanzado en su época, pero, a la vez austero, discreto y muy entregado a su labor de investigación plástica trabaja no solo en diferentes disciplinas sino también bajo distintos conceptos creativos a la vez, buscando fusiones, potenciando una manera de crear distinta y diferenciada de la mayor parte de los creadores de su época, muestra singular de su actitud libre dentro del mercado del arte internacional.

En este contexto podemos encontrar a un autor que hoy en día es poco conocido entre las generaciones actuales, pero cuya producción artística, además de ser de gran importancia, se halla repartida en innumerables países: EE.UU., Austria, Suecia, Noruega, Italia, Francia, España, Holanda, Bélgica, Alemania, México, Brasil, etc. En ella podrán contemplar, a excepción de otras obras que se han expuesto recientemente en el verano del 2025 en España e Italia, después de quince años, 24 pinturas y 12 esculturas procedentes de su colección privada, de ahí el título de la muestra. Se trata de su obra más apreciada que estuvo colgada en su casa y estudio, constituyendo una muestra completa de todas las etapas de su trayectoria.

Esta exposición es de vital importancia tanto para los conocedores de su arte como para el público en general porque las 24 pinturas, de gran formato, se presentan juntas por primera vez, exhibiendo su singularidad como artista, nacido en Madrid, cuya formación y vida se desarrolló en la capital de España, después Barcelona, de nuevo Madrid, más tarde Roma, París, a continuación reside de nuevo en Madrid y finalmente Miami. Importantes son su etapa de París que supone su irrupción en el mercado mundial con exposiciones en Francia, países nórdicos, Austria, Holanda, Alemania, entre otros y su profundización en las técnicas de la obra gráfica de la que es también un verdadero maestro y su última etapa de Madrid antes de partir a Miami, donde alcanzó reconocimiento mundial.

Su afán de conocimiento, su labor de aprendizaje constante, -además de tocar a la perfección la compleja disciplina del violín y adentrarse en la música-, le permitieron dialogar con los conceptos de los artistas de la vanguardia europea de los cincuenta, sesenta y setenta y también norteamericana e hispanoamericana de los setenta y ochenta, destacando por apostar por la innovación sin seguir los postulados de las mismas, sino innovando, dentro de un marcado sello personal.

En escultura, exhibe 12 obras elaboradas en hierro y bronce, piezas únicas, dialogando con sus silencios, su fantástica actitud de contemplación, aunando la expresividad de la materia, la fuerza del ritmo, la voluntad innovadora del vacío, apostando por la contemporaneidad.

En Alcalá de Henares podemos contemplar su primera etapa académica multidisciplinar e internacional, no sólo por sus conocimientos adquiridos en el taller de su padre sino también por su formación en Barcelona, Madrid, Roma y París. Ya en esa primera etapa destaca por su dominio espectacular del trazo, la gran solidez de su dibujo, profundizando en su determinación por ir más allá de la realidad, aproximándose a un expresionismo personal, donde muestra un inusitado interés por profundizar en las cosas de la vida cotidiana, además de plasmar personajes en plena realización de sus labores de manera singular, buscando enfoques desde arriba, o bien escenas elaboradas pero aparentemente naturales. Después, contemplaremos su transición hacia el expresionismo abstracto, pasando por su etapa cubista primitivista, donde lo importante para el creador madrileño es su capacidad de ir más allá del silencio, de recrearse en el vacío, que es el lleno. Y, para terminar, destacaría las obras de su último periodo caracterizadas por luminosidad, de cierto cariz impresionista-expresionista, coincidiendo con su última etapa de Madrid y su estancia posterior de ocho años en Miami. Se trata de una obra que sin dejar de ser expresiva sigue evolucionando, destacando por su lirismo y su apuesta por el color.

El resultado es una exposición que no solo recupera a Lapayese para el gran público, sino que lo sitúa en el lugar que le corresponde dentro de la historia reciente del arte español. Además creo que es muy importante que esta muestra relance su creación y sea el inicio de otras exposiciones antológicas tanto en España como a nivel mundial porque su obra desde el silencio del estudio muestra su importancia en un contexto como el actual en el que creadores de la talla de Ramón Lapayese tienen mucho que decir por su actitud, caracterizada por la serenidad, yendo más allá de la innovación, asentándose tanto en pintura como también en escultura en una dinámica transformadora y regeneradora del panorama plástico actual.

Joan Lluís Montané

-De la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA)-.